

Margarita



Imagen: gardenmuse.com

Érase una vez una flor que se hallaba en mitad de un gran hayedo en una montaña. Era un paisaje hermoso, tranquilo, donde cualquier ser que allí entraba encontraba el equilibrio y la paz. Cada mañana salía el sol e iluminaba las montañas con sus rayos y cada animal, cada planta y cada persona descubrían el significado verdadero de la vida.

Sin embargo, allí vivía Margarita. Margarita era una florecilla diferente a las demás. Para sus papás, Doña Amapola y Don Petunio, era su única hija. La más bella y hermosa en todos los lugares.

Cuando Margarita nació, Amapola y Petunio quisieron darla todo lo que tenían:

- “Cada primavera guardaremos todo el agua que podamos para que Margarita nunca tenga sed”. Decía Amapola.
- ¡Exacto! Y yo durante el invierno podaré todos los árboles de su alrededor para que reciba todos los rayos de sol cuando llegue la primavera. Añadió Petunio.
- Yo también me dedicaré a recoger todos los excrementos de los animales para que tenga todo el abono necesario. Explicaba emocionada Amapola.

De esta forma, pasó el tiempo. Margarita se convirtió en una bella flor a la vez que presumida y bastante arrogante con los demás. No le gustaba que las hormigas recorrieran sus pétalos, ni que los caracoles utilizaran su sombra para resguardarse. Lo único que le gustaba es que las abejas la eligieran a ella frente al resto de flores de la montaña. Eso era lo que más feliz la hacía.

Doña Amapola y Don Petunio estaban orgullosos de Margarita. Habían logrado que fuera la más bella del lugar y nada les hacía más ilusión que ella tuviera todo lo necesario para ser feliz.

Un día, Amapola y Petunio hablaron con su pequeña Margarita y la dijeron:

“Creo que ha llegado el momento de que emprendas tu vida sola. Te has convertido en una bella flor y creemos que ya estás preparada para vivir tu vida sin nosotros”.

Margarita estaba feliz. Ella sabía que estaba llena de hermosura y ahora podría vivir sin el control constante de sus padres. Podría beber el agua que quisiese sin que su madre la dijera si era poca o demasiada. Podría ponerse al sol las horas que deseara sin que su padre la dijera lo que era bueno o malo. ¡Por fin podría vivir su propia vida!

Al principio se sentía el ser más feliz del universo. Hasta que llegó el invierno y se encontró realmente sola... Los animales y el resto de las flores no querían estar con ella pues ella nunca se había portado bien con ellos. Cada vez tenía menos agua y ya nadie iba a recogerla ni la ayudaba a hacerlo. ¿Y el sol? Ya casi no le veía pues el resto de árboles iban creciendo y sus ramas lo tapaban todo.

Así fue pasando el tiempo y Margarita solo deseaba llorar... Quería que sus padres volvieran, que la vida fuera fácil como lo había sido hasta ahora y seguir siendo la flor más bella de la montaña. Pero nada de eso ocurrió.

Un día, al despertarse, después de llorar toda la noche encontró cuatro palabras escritas a su alrededor: Creativa, Amorosa, Pacífica y Autónoma.

“¿Qué significa esto?”-preguntó incrédula Margarita

Y el sol, sabio desde el cielo, contestó: “los ingredientes que todos guardamos dentro para ser feliz. Guardamos muchos otros, como la pasividad, la prepotencia o el despotismo pero solo tú eliges qué ingredientes quieres utilizar. Tu vida dependerá de ellos”

“Pero Señor Sol... Yo no sé como son esos ingredientes ni sé donde están...”- respondió la flor con tristeza.

“Yo no los puedo buscar por ti, solo tu debes encontrarlos en tu interior. Pero te daré alguna pista...”

- La creatividad está en la forma de reinventarte cada día.
- El amor está en cada mirada y cada gesto hacia los demás.
- La autonomía está en tu autoconfianza para procurarte lo que quieres y necesitas.
- Tu pacifismo está en la templanza y tu clima con los demás."

Al día siguiente Margarita hizo lo que nunca había pensado que lograría hacer sola.

Cuando salió el sol, no esperó a que podaran los árboles... buscó los pequeños rayos que se colaban entre las hojas.

Cuando un caracol pasó por su lado, lo saludó amablemente y le ofreció su sombra para cobijarse.

Después cayó una pequeña nube de agua y decidió no beber toda, sino guardar un poco para cuando la necesitara de verdad.

Y en lugar de pelear con las demás flores por su hermosura, apreció la belleza de cada una y se dio cuenta de que cada flor era única y eso hacía que el paisaje fuera mucho más bello.

Y ese día, Margarita se sintió feliz.

Autora: Marta Arrabal Carnerero

Alumna IV Edición Máster E.E. Madrid